

## Homilía del 12 de Abril de 2015

Durante esta semana pasada leí las siguientes declaraciones acerca de Tomás, el foco del Evangelio de hoy: «El maligno tiene su mano sucia en dudas. El diablo nos quiere dudar a Dios cuando necesitamos a Dios al máximo». Estas declaraciones evocan las opiniones y actitudes que eran una parte de la comunidad en la cual crecí. Inquirir era hacer una pregunta, hacer una pregunta era dudar. Dudar era claramente el camino de abandonar a la iglesia y de abandonar a Dios. Me enseñaron que la duda de Tomás fue por poco la desmentida de Pedro y la traición de Judas. Cualquier pregunta acerca de Dios o acerca de la iglesia pareció ser tratada como una duda. Y ya que siempre yo estaba haciendo preguntas, siempre parecía estar en desaprobación. Mi madre solía decir que mi respuesta a todo parecía ser una sola palabra: «¿Por qué?» Estaba claro que Tomás—el apóstol que dudó—no era el apóstol que yo debía imitar.

No estoy seguro por qué Tomás llegó a ser conocido como el apóstol que dudó porque él no es el único discípulo de Jesús quien dudaba o no creía en la resurrección. En el Evangelio según San Lucas hay un cuento notablemente similar al cuento de Tomás en el Evangelio de hoy. Ninguno de los seguidores de Jesús creían en la resurrección en el primer momento, ni siquiera los otros diez apóstoles. En el Evangelio según San Lucas, cuando las mujeres dijeron el cuento acerca de Cristo resucitado, los apóstoles «no les creyeron, y esta novedad les pareció puros cuentos» (San Lucas 24:11). Y cuando Jesús se le apareció a los apóstoles mismos, «Quedaron atónitos y asustados, pensando que veían algún espíritu». Jesús les dijo a **todos**: ««Miren mis manos y mis pies: soy yo. Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo». (Y dicho esto les mostró las manos y los pies)» (San Lucas 24:37, 39-40).

Y miren a la respuesta de Jesús a Tomás. Si es una reprimenda, es una reprimenda suave: «Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree». Y Tomás evidentemente ya no necesitó la prueba que pensaba que necesitó. El Evangelio no menciona que Tomás tocó a Jesús sino que Tomás

## Homilía del 12 de Abril de 2015

respondió inmediatamente, «¡Señor mío y Dios mío!» Y observen lo que Jesús dijo en respuesta: «Tu crees porque me has visto. . . .» Y Jesús añadió, «. . . dichosos los que creen sin haber visto».

No son aquellos que tenían una pregunta honesta que Jesús condenaba; son aquellos que lo intentaban engañar con una pregunta. No son aquellos que buscaban conocerlo mejor que condenaba, pero aquellos que rotundamente lo rechazaban. Vehemente se oponía a aquellos que valoraran la ley más que valoraran a la gente y a aquellos que valoraran el poder más que valoraran el bienestar humano. Él es, sin embargo, afligido cuando vivimos nuestras vidas como si no existe. En uno de sus ensayos, Jacques Maritain, el teólogo y filósofo del siglo veinte que era un francés católico dijo, «Yo diría que hay ateos prácticos, que creen que creen en Dios, pero que en realidad niegan su existencia por cada uno de los hechos—adoran el mundo y el poder y el dinero». Es esto que aflige a nuestro Señor, no nuestras dudas y preguntas.

Estoy agradecido por el cuento de Tomás. Me alegra saber que nuestro Dios no desaprueba dudas y preguntas. Es sólo cuando nos esforzamos por conocer a nuestro Dios que crecemos en nuestro conocimiento y nuestro amor para él. Que nosotros durante este próximo año resucitemos con Cristo a una nueva vida en el amor y la compasión para que el mundo pueda saber que hemos estado con Jesús y que realmente somos sus hijos y sus hijas.